

Domingo 19º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 14,22-33

Tras haber satisfecho el hambre de la muchedumbre con la multiplicación de los panes, Jesús busca, ¡de nuevo!, la soledad y a Dios: había calmado la necesidad de alimento en los otros y, retirándose a orar, quiso calmar su propia necesidad de Dios. No nos entusiasma mucho este Jesús que despide a sus discípulos y a la muchedumbre, porque desea quedarse a solas con su Dios.

No deja de sorprendernos que prefiera la oración solitaria a la compañía de cuantos habían presenciado el milagro. Pero de poco sirve un Jesús que nos deja solos, aunque sea sólo un momento, una noche, para encontrarse él con Dios. Como aquella noche en el lago, los discípulos siempre estarán a punto de perderse, nada más que pierdan de vista a su Señor. Y, sin embargo, el discípulo tiene que aceptar que Jesús le pueda dejar en algún momento de su vida, en cualquier momento: sólo así podrá apreciar los momentos que ha pasado en su compañía y aprenderá cuánto necesita siempre de su presencia.

22Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. **23**Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. **24**Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. **25**De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. **26**Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

27Jesús les dijo en seguida:

«¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!»

28Pedro le contestó:

«Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.»

29Él le dijo:

«Ven.»

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose Jesús; **30**pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: -

«Señor, sálvame.»

31En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

«¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

32En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. **33**Los de la barca se postraron ante él, diciendo:

«Realmente eres Hijo de Dios.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El relato está construido por una breve narración y una conversación. La narración introduce, y justifica, el diálogo. Pero mientras en la narración se centra en Jesús y sus discípulos, el diálogo, que abre Jesús, tiene a Pedro con interlocutor único. Los discípulos volverán al relato, y como creyentes, sólo cuando estén a salvo, el viento amainado y Jesús y Pedro en la barca.

Satisfecha el hambre de la muchedumbre, Jesús siente necesidad de quedarse solo, y deja que los suyos naveguen solos en medio de la noche y la tormenta. No es la primera vez que Jesús abandonaba momentáneamente a quien le seguía; pero tampoco solía dejarlos solos en medio de la mar encrespada. Con todo, Jesús no tarda en hacerse presente, incluso cuando no se le ha pedido aún ayuda. Al acudir a ellos, sus discípulos lo confunden con un fantasma: no podían imaginarse siquiera que fuera el, quien, ante sus ojos, había alimentado una muchedumbre. ¡Bien poco habían entendido de cuanto acababan de presenciar!

La palabra de Jesús, familiar en medio del viento, les saca de sus miedos, y alienta a Pedro a emularle caminando sobre las aguas. Pero el mar y miedo puede más que la confianza: la invitación que Jesús hace a Pedro para que vaya a su encuentro no logra salvarle de sus dudas. Y la incredulidad crecía en el corazón de Pedro a medida que, caminando sobre el agua, se hundía en la mar revuelta. No le bastó la obediencia a Jesús (*'mándame'...*, *'ven'*) para ganar en confianza. Sólo la mano del que caminaba sobre el mar le salvó la vida.

Llama la atención que Jesús salvara de anegarse solo a Pedro, al que más se había arriesgado y dudado, y que, al final, todos confesaran, aliviados por tener de nuevo a Jesús sobre la barca, su fe. ¿Por qué será que la salvación de uno no siempre robustece la fe de todos?

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Sin Jesús a su lado, en la misma barca, los discípulos tuvieron que afrontar juntos la tormenta; y el cuerpo se les llenó de terror, antes que la nave de agua. Tan ocupados estaban con sus miedos que no lograron ver que Jesús acudía en su ayuda, caminando sobre el mar. Y como no podían creérselo, pensaron que era un fantasma: ¡tan poco conocían a su Señor y su poder, aunque lo hubieran visto multiplicar sus pocos panes y saciar muchedumbres la tarde anterior. Y es que suele sucedernos a los discípulos de Jesús que, agobiados por la presente dificultad, nos olvidamos de la asistencia que nos acaba de prestar Dios: el último peligro, la necesidad más reciente, la más nueva penalidad, nos hacen creernos olvidados de Jesús. Y anulamos el esfuerzo que Jesús hace de venir a nuestro encuentro, al encuentro de nuestra necesidad, sólo porque no nos podemos imaginar que se arriesgue, caminando sobre la mar, a afrontar junto a nosotros cuanto nos amenaza de muerte. Seguimos confundiéndonos con fantasmas, siempre que quiere ayudarnos. Y es que, en el fondo, no nos podemos creer que, tras un abandono aparente, aparezca de nuevo para salvarnos. De poco nos han servido años de convivencia y seguimiento, si no lo sabemos identificar cuando se nos presenta para salvarnos. ¡De bien poco nos sirve que venga a nosotros, si nos empeñamos en creerle solo un fantasma!

¡Si, al menos, nos dejáramos interpelar por su voz! La única manera segura de distinguirlo en la noche, en medio de nuestra angustia, es volver a escucharle. Como los discípulos en medio de la tormenta. La palabra escuchada lo identificará como nuestro Señor. Para que en nuestra vida vuelva a surgir la esperanza de estar a salvo, como los discípulos en la barca, tenemos que dejar que Jesús nos hable: cuanto mayor sea el peligro, cuanto más abandonados nos sintamos, tanta más atención debemos concederle. No permitiendo que el ruido de la tormenta ahogue su voz, sin que el temor ensordezca nuestra alma y nos incapacite para escucharle, lograremos reconocerle junto a nosotros. Su palabra nos sacará del miedo, aunque todavía no haya desaparecido la tempestad; su mano nos agarrará con más fuerza que la tormenta. Nos aliviará la pena, aunque aún estemos sufriendo; nos dará la seguridad de tener ya la salvación a nuestro alcance, sin vernos todavía libres del peligro. Su palabra será, como lo fue aquel día en el lago, el áncora donde sujetarnos y la tabla de salvación.

Dedicarnos a escuchar a Jesús es la mejor manera de reconocerle junto a nosotros. La peor de las tormentas que puede caer sobre nosotros no es la que más en peligro pone nuestra vida, sino aquella que nos oculta a Dios y nos hace dudar de su interés por nosotros. Mientras le sigamos oyendo, mientras le sigamos para oírle mejor, aún tendremos motivos para contar con su presencia y su dedicación. Las dificultades en la vida del cristiano son soportables, no lo vencen, siempre que no le roben la posibilidad de escuchar a Dios: estemos donde estemos, y como estemos, si escuchamos a Dios, estamos junto a Él y con Él contamos. Nos perdemos a Dios, y nos perdemos a nosotros mismos, porque, teniendo tanto que hacer por salvarnos, no tenemos tiempo ni ganas de escucharle.

La reacción de Pedro cuando, en medio de la noche, reconoció la voz de Jesús es el mejor ejemplo de lo que puede hacer el discípulo que sabe escuchar a su Señor, aún en medio de la peor tormenta de su vida. Quien se sentía amenazado por el mar encontró el coraje suficiente para desafiar al mar y a sus miedos, lanzándose al agua encrespada. Contar con Jesús podría hacernos un poco más osados. La prueba de que nuestro miedo es mayor que nuestra obediencia, es que seguimos sin atrevernos a afrontar situaciones de peligro: nunca sabremos con certeza, si Jesús caminó sobre el mar en nuestra búsqueda, si no nos lanzamos en la suya, aunque sea, y como Pedro, en medio del temido mar. Es nuestra falta de confianza lo que concede a las situaciones de peligro e incertidumbre su poder y su malicia: si tuviéramos la osadía de intuir que, tras cada amenaza, en medio de cualquier tribulación, nos está esperando Jesús, lograríamos, como Pedro aquella noche, lanzarnos a su encuentro, aunque para ello tuviéramos que lanzarnos, como Pedro, a la mar.

¡Qué simpático nos cae ese Pedro que tanto arriesgó..., ¡y que tan pronto se arrepintió! La invitación que Jesús le hace no logra salvarle de la desconfianza. En cuanto sus pies sienten el agua, se le ahoga el entusiasmo que despertó en su corazón oír a su Señor. No siempre la cercanía de Jesús es suficiente para operar en el discípulo el milagro; curiosamente, Pedro supo caminar sobre las aguas, mientras confió en la invitación de su Señor; empezó a naufragar cuando pudo más la evidencia del peligro que la palabra cercana de Jesús. Se hundió en la duda, antes de empezar a hundirse en el agua. El milagro se había realizado desde el momento en que empezó a andar sobre el mar, en dirección de su Señor y obedeciendo su invitación, pero su desconfianza sumergió su cuerpo antes que el agua.

No es difícil verse identificados con esos discípulos que tan mal soportaron la ausencia de Jesús; que se vieron envueltos en una peligrosa tempestad tan pronto como su Señor los dejó; que no se podían creer que Jesús viniera a socorrerles caminando sobre las aguas, que no se atrevieron a seguir a ciegas la invitación de Jesús, que se anegaron en sus dudas aunque lo tenían al alcance de la mano. Comprendemos bien sus dificultades, porque son las nuestras.

No deberíamos olvidar que de nada vale tener cerca a Jesús, si nos seguimos creyendo abandonados, sí ante cualquier peligro el miedo es mayor que nuestra fe: mientras demos más audiencia a los peligros que debemos afrontar que a la palabra de Dios, bastará cualquier tormenta, cualquier contratiempo, para que se ahogue nuestra fe y naufrague nuestra confianza. De nada nos valdrá contar con Jesús y su palabra, si prevalecen nuestros miedos y la angustia de estar solos ante la dificultad. Jesús no nos deja solos mucho tiempo: pongamos en él nuestra confianza. Que su palabra estimule nuestra fe: viene a nosotros, aunque sea a través del mar y en medio de tormentas. Quien lo duda, no será salvado.